

Perspectivas humanísticas sobre la IA

SOFÍA N. AVENDAÑO

Este HABLEMOS va orientado a entender, desde las humanidades, qué es la inteligencia artificial (IA) y hacia dónde nos lleva o puede llevarnos en el futuro inmediato. La entrevistadora formula una serie de preguntas a la profesora y doctora en filosofía Lorena Rojas y al profesor Roberto Salazar, quien es el director del Doctorado en Filosofía en la UCAB-Guayana. A través de las respuestas de ambos entrevistados llegamos a la conclusión-certeza de que este proceso de desarrollo de la tecnología, que da origen a la IA, es indetenible, que dependerá de nosotros los humanos hacia dónde la queremos llevar y ojalá que nos sirva para ser mejores personas.

Creí viendo películas de ciencia ficción como *Wall-E*, en donde los robots y la IA constituían un universo de ficción sólido e interesantísimo que no dejaba de maravillarme y provocaba en mí tantas preguntas sobre ese posible mundo en el que algún día viviríamos los seres humanos. Era una cosa fascinante, pero que, naturalmente, no dejaba de ser una ficción y que, así asumía, solo podría ser real en la época de mis nietos o, quizás, bisnietos. Yo no formaría parte de ese mundo ¡Vaya equivocación!

Por supuesto que formo parte de ese mundo. Así como también lo hace mi abuela quien nació en el siglo pasado. La tecnología y la ciencia han avanzado de una manera extraordinaria y lo que empezó hace unos veinte años con teléfonos celulares e Internet, ahora es una vida conectada con sistemas complejos cuyo principal rol es facilitar la vida humana.

La inteligencia artificial es, hasta ahora, el desarrollo más significativo y avanzado de la humanidad. Capaz de representarnos y de formar parte de nuestra vida de una manera tan orgánica que ya casi parece parte de nuestro cuerpo. Y es justamente por esto que resulta primordial comprender sus implicaciones, no a nivel científico, sino a nivel personal e, incluso, esencial; para lograr este objetivo conversé con especialistas en el campo de la filosofía quienes me ayudaron a entender esa nueva relación a la cual todos los seres humanos nos estamos adaptando.

Ellos son la doctora Lorena Rojas Parma, directora del Centro de Investigación y Formación Humanística de la Universidad Católica Andrés Bello, y el doctor Roberto Salazar s.j., director general de Desarrollo Estudiantil y Extensión Social en la sede de Guayana de la Universidad Católica Andrés Bello y director

HABLEMOS



del Doctorado en Filosofía de la misma casa de estudios.

A continuación, procedo a compartir la conversación que mantuve con ambos:

PRIMERA PARTE. LA DEFINICIÓN

Me parece inapropiado continuar la escritura de este artículo sin la definición del tema protagónico, la inteligencia artificial (IA).

Aunque el término se acuñó oficialmente en 1956, la IA existe desde que lo hacen las computadoras, una fecha que bien podría identificarse como el año 1938 cuando Konrad Zuse, un ingeniero alemán, completó la Z1, una calculadora binaria, mecánica y de accionamiento eléctrico que se consideró como la primera computadora electro-mecánica del mundo.

Lasse Rouhiainen en su libro *Inteligencia artificial. 101 cosas que debes saber hoy sobre nuestro futuro* dice que ella "... es la capacidad de las máquinas para usar algoritmos, aprender de los datos y utilizar lo aprendido en la toma de decisiones tal y cómo lo haría un ser humano".

Es decir, estamos ante la presencia de una nueva etapa de la industrialización en la que las máquinas y la tecnología asociada a ellas se convierten en una herramienta para perfeccionar la actividad humana. Esta realidad ha derivado en un amplio debate que parece ser un es-

piral sempiterno que depende, únicamente, de la velocidad con la que evoluciona la programación de la IA. Académicos de diversas áreas de estudio lo han abordado y siguen sin llegar a una conclusión absoluta, no obstante, han dado con respuestas que aclaran un poco el panorama.

LA IA DESDE LAS HUMANIDADES

Por supuesto que a nivel científico y tecnológico existen muchas definiciones de la IA. No obstante, no se puede negar que al ser un invento meramente humano y que se haya demostrado que incide directamente sobre la actividad de esta especie, las humanidades no pueden dejarla de lado. Al contrario, la interpretación de las acciones y reacciones que derivan de la existencia de la IA son fundamentales porque marcan el inicio de una nueva era y, por consiguiente, de un paso irreversible en la evolución de la humanidad y es por ello que la primera pregunta, dirigida a Lorena Rojas fue:

—¿Qué hacen las humanidades ante la inteligencia artificial?

—Las humanidades nos estamos sintiendo cuestionadas por esto que está pasando, que parece que no es humano, y que nos hace replantearnos cosas que hasta ahora han sido de una manera. Pudiéramos comenzar diciendo que

las humanidades sí estamos pensando en qué está pasando con la tecnología y qué está pasando con los saberes humanísticos profesionales. Nosotros estamos respondiendo o incorporándonos a esa discusión, a ese diálogo, que no tiene respuestas definitivas porque está abierto.

Aquí no hay dogmas ni respuestas definitivas, hay aproximaciones, perspectivas, y con ello discursos cambiantes.

La inteligencia artificial está, ya es. Y es algo con lo que tenemos que convivir, que estar, y que ya está exigiéndonos cambios en nuestra manera de vivir, nuestra manera de investigar y en nuestra manera de enseñar.

—¿Hay alguna diferencia entre la IA y nosotros?

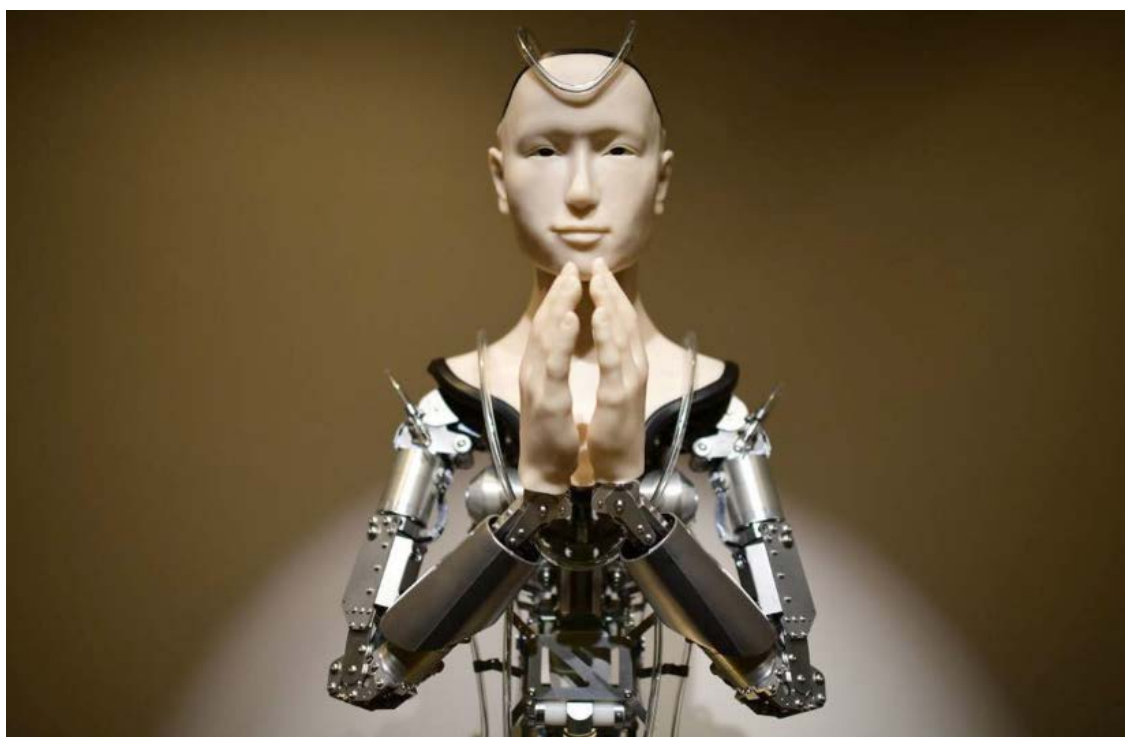
—Esa es una pregunta fuerte que no tiene una respuesta de sí o no. Para una o para otra cosa hay que elaborar.

En primer lugar, porque la tecnología es nuestra, somos nosotros. Es una extensión de nosotros. Por ejemplo, hace unos días decía yo en clase: “Libre Dios que alguien nos agarre el celular y lo revise”. Y es que esta es una extensión de nuestra intimidad, una extensión nuestra. Por tanto, ¿dónde está realmente el límite entre una cosa y otra? No podemos vivir sin el

celular, ya no, ni con la imposibilidad de la comunicación ni con su efectividad.

Pienso en este momento en una entrevista que le hicieron a un monje budista en Japón, que convive con un robot monje budista, llamado Mindar. Él es un robot androide, solamente su cara es lo que tiene inserto silicón que le permite hacer ciertas expresiones, pero de resto es un robot y tiene una túnica como la que usan los monjes ¿Qué es lo que es muy interesante allí? Él está cantando el Sutra del Corazón constantemente en el monasterio y la gente va, es decir, él convoca y rezan y cantan con él.

Cuando le hacen una entrevista a un monje humano y le preguntan: ¿cuál es la diferencia entre Mindar y tú? Él dice “... bueno, la única diferencia entre él y yo es que yo voy a morir y él no. Él puede aprender muchas cosas y el budismo va a evolucionar con él a lo largo del tiempo. Yo, por el contrario, me voy a morir”. Es decir, sin ningún tipo de rollo, de problema ontológico, biológico, jerárquico, religioso, este monje dice que la diferencia es que él va a morir y Mindar no. Por lo tanto, uno podría deducir que Mindar debe estar vivo de alguna manera, porque si lo que distingue es que él no va a morir se está reconociendo su vida.



Mindar, un monje budista que en realidad es un robot.

HABLEMOS



ROBERTO SALAZAR, S.J. Esta nueva tecnología no es solamente un producto separado de uno, es algo que se está incorporando con nuestra propia humanidad. Como las prótesis. Así que más que humanos, esto hará que nos cuestionemos a nosotros como personas y, de alguna manera, estas nuevas tecnologías cambian la manera en la que vemos el mundo y, por ende, a nosotros.

ENTRE HUMANOS Y MÁQUINAS

Siguiendo la línea de la profesora Lorena Rojas, la presencia de la IA deriva en cuestionarse qué nos hace humanos y qué significa estar vivo. Roberto Salazar, s.j. tiene una respuesta para ello:

—Esta nueva tecnología no es solamente un producto separado de uno, es algo que se está incorporando con nuestra propia humanidad. Como las prótesis. Así que más que humanos, esto hará que nos cuestionemos a nosotros como personas y, de alguna manera, estas nuevas tecnologías cambian la manera en la que vemos el mundo y, por ende, a nosotros.

Por su parte, Lorena Rojas destaca que:

—No hablemos de lo humano en el cuerpo, sino de la persona. Si tenemos un grado de con-

ciencia, de inteligencia, de interpretación del mundo y de aprendizaje ahora podemos replicar y transmitir a estos objetos.

Persona en latín significa máscara, por ahí puedes elaborar algunas cosas. Una máscara como las que se usaban en los teatros ¿Por qué te digo esto? porque parte de lo que se está haciendo, ya no solamente con la aparición de la IA o de las tecnologías inteligentes o digitales, sino desde mucho antes, es replantear la pregunta por la esencia. O sea, no hay tal cosa como una esencia de, dependiendo del lado de la filosofía donde te ubiques conseguirás esencias o no.

—¿Crees que es posible traspasar la identidad de una persona y llevarla a un robot? Si eso es posible, ¿diríamos que el robot sigues siendo tú, considerando que ahora tiene toda tu información psíquica?

Lorena Rojas considera que:

—Eso es el transhumanismo. Vamos a suponer que eso pueda pasar, porque aún no ha pasado, pero eso es un sueño y un proyecto del transhumanismo: superar la limitación y la vulnerabilidad del cuerpo humano y apostar porque la psique se pueda volver datos y, eventualmente, pasarla a un robot o a un disco duro y mantener ahí tu vida. Bueno, no sé hasta

qué punto eso es vida. Porque no sé cómo interactuaría o cómo sería relacionarse con esos datos. Se me ocurre pensar, en este momento, en un capítulo de la serie de Netflix “Black Mirror”, por ejemplo, en el que se adelanta algo que ya se discute: la posibilidad de chatear con el muerto. Se trata de una viuda muy joven, ella sigue sin hacer el duelo y chatea con su esposo y recibe respuestas. Hasta que esa misma empresa del chat permite que, a través de la misma tecnología, aparezca la persona como una especie de robot, pero perfectamente humanizado, con todos esos datos incorporados. El capítulo te muestra el problema: “aquí pasa algo”, que también está en la película “El hombre perfecto”, hay algo que está faltando. Es la falta de espontaneidad.

En el capítulo de “Black Mirror”, la viuda se obstina del robot, o de esta “persona” porque se vuelve ya completamente predecible. Ya no hay espontaneidad, no hay novedad. Tal vez eso sea un elemento que, por lo menos ahorita, pudiera distinguir una cosa viva de la que no está viva.

Roberto Salazar considera que:

—De cierta manera eres tú porque tiene todo lo que tú fuiste, pero no será lo mismo. Faltaría algo que se atribuye a la corporeidad y la manera en la que asumes tu cuerpo y tu existencia afecta la manera en la que se interpreta la realidad. Así que en cierta parte podría ser lo mismo porque tiene toda tu experiencia, pero la diferencia es porque tu modo de entender ya no será en tu propio cuerpo, sino en otro y, por ende, también será otra sociedad que te hará aprender cosas distintas. Y eso es algo que no es propio únicamente de la realidad de la IA, sino también es algo propio de la vida misma. Nosotros nacemos, somos un cuerpo y vamos aprendiendo de las circunstancias y de las decisiones que tomamos.

—¿Entonces dirías que la relación con el cuerpo es la que hace a los humanos?

—La relación con el cuerpo y con la sociedad. Y en el caso de la IA tendrías que ver que será otro sistema y, por ende, otra realidad.

En base a esta respuesta, le realicé la siguiente pregunta a Lorena Rojas:



Esta foto del chico fue hecha con Fotor, una aplicación para crear rostros de personas con IA

LORENA ROJAS La inteligencia artificial está, ya es. Y es algo con lo que tenemos que convivir, que estar, y que ya está exigiéndonos cambios en nuestra manera de vivir, nuestra manera de investigar y en nuestra manera de enseñar.

—Posiblemente muchos atribuyen “artificial” porque es una máquina, no tiene cuerpo, carece de vida en sí misma, pero se alimenta de la inteligencia humana. Se alimenta de todo lo que son los datos producidos por las personas o de la programación que se le da. Entonces, ¿realmente podríamos decir que la IA, o incluso todo lo que es el Internet y demás tecnologías, podrían ser más bien un compendio de lo que es el conocimiento de la humanidad?, es decir, no es del todo artificial ¿Cierto?

—Sí claro. Mi ChatGPT se conecta con toda la red del cosmos, de Internet. Por ejemplo, con las plantas hablamos de “la web del bosque”, y eso lo hacemos de la misma manera que hablamos de nuestra web para hablar de Internet. Si todo está interconectado, ¿dónde decimos “esto es artefacto y esto es naturaleza”? Volviendo al punto, si tecnología es el champú y el jabón que usamos esta mañana, la ropa que tenemos puesta, el maquillaje que tenemos puesto y la pasta de dientes... si todo eso es artefacto, si todo eso es tecnología ¿cómo lo separo de lo natu-

HABLEMOS

ral? ¿Qué es lo natural y qué es lo artificial? Es muy difícil decir “esto es lo artificial”, hay un punto en que no tiene sentido siquiera. No hay una forma definida.

Eso lo puedo trasladar también a la relación naturaleza-tecnología y hombre-máquina. Cuando digo esto, lo digo en términos de dualismo que ha sido diluido por filosofías fuertes como el poshumanismo, que se encargó de diluir cualquier dualismo del tipo hombre-máquina, hombre-animal, naturaleza-cultura, naturaleza-tecnología, blanco-negro, arriba-abajo. Cualquier cosa binaria o dual, se entiende ahora desde lo que se conoce como un monismo dinámico. Todo es una misma cosa, y, al mismo tiempo, diversa, cambiante. ¿Qué hace el poshumanismo? Dialoga con las ciencias, especialmente con la física referente a las teorías cuánticas, en las que el comportamiento de la realidad es muy extraño con relación a nuestras certezas y a la física clásica, pero se caracteriza, al menos ese nivel de la existencia, por la diversidad, el cambio, el movimiento y, sobre todo, la interconexión. Entonces, si a un nivel de la existencia, a nivel subatómico, todo es lo mismo en su diversidad, variabilidad, inestabilidad, porque todo está vibrando... Si a un nivel, todo es común, entonces, ¿dónde trazo las líneas definitivas entre lo natural y artificial, hombre y máquina, la vida y la muerte, la inteligencia artificial y la no artificial? ¿En dónde?

Si en ese futuro hipotético, no existe ese espacio para la reflexión, no estaríamos ante una religión, sino más bien ante una suerte de ideología omnipotente que terminará absorbiendo a la humanidad.

LAS EMOCIONES. COSA DE HUMANOS, DE MÁQUINAS O DE SERES

En el portal Psise del Centro de Psicología Madrid, se define a las emociones como “... reacciones afectivas intensas, que suponen un impulso a actuar, una condición psicológica y biológica de respuesta a ciertos estímulos internos o externos al organismo”.

Una de las principales características que tenemos las personas es la capacidad de sentir emociones y de actuar en función a ellas. Las emociones contribuyen a nuestra interpretación del mundo y, a su vez, determinan las relaciones entre todos los elementos que cohabitan con nosotros.

Existen muchas películas, como *Her* y *El hombre perfecto*, en la que nos muestran la posibilidad de tener una relación romántico-afectiva con un androide y, pensando fríamente en películas como *Star Wars* o *Chappie*, es evidente que los personajes “humanos” establecen vínculos con los robots y la verdad es que los espectadores también los desarrollan. Es entonces cuando surge la pregunta:

—¿Podríamos tener una relación afectiva con la IA?

Roberto Salazar dice que:

—Sí, lo que pasa es que es muy difícil porque todavía no sabemos hacia dónde va la IA. Estamos en un mundo de suposiciones. Nosotros no somos indiferentes a la manera en la que nos relacionamos con la poca IA que tenemos a disposición. Hacemos preguntas, nos dejamos educar e incluso marcar por su ritmo. Entonces sí hay una manera de relacionarnos, pero en qué derivará es muy incierto todavía. Puede haber una relación de dependencia a esas cosas, pero la cuestión es que todavía no llevo a imaginar porque todavía no sé a dónde va. Lo que sí hay que rescatar es que la IA cambia nuestra manera de estar con el mundo y en películas como “Her”, vemos que son programas que tienen hasta una personalidad y en ese caso, sí.

Lorena Rojas sostiene que:

—En Occidente crecimos con “Terminator” y toda esa amenaza, en cambio, la tecnología en países como China o Japón no es así. Japón, por ejemplo, tiene un ministerio de robótica. En esos países, estos robots de los que te estoy hablando como Mindar, interactúan con la gente. En Occidente es más difícil que esto ocurra porque nuestra mirada es distinta, tenemos la idea de que nosotros somos la metafísica de la sustancia. Todo eso influye.

En Japón hay un hombre que se casó con un holograma, y él es una persona funcional que

trabaja y vive una vida normal. Hay un documental sobre él en el que vemos cómo va, trabaja, regresa a casa y ella está allí. Es una especie de muñequita chiquita en holograma, o sea, no tiene, vamos a decir, solidez y, por ende, no hay tacto.

En lugar de desestimarlos o de llamarlos locos, hay que preguntarse ¿qué extensión hay aquí? ¿Qué significa esto? Este hombre se casó con un holograma, pero años atrás un holograma de María Callas estaba dando conciertos por toda Europa. No hay un concierto grabado completo, no quedó, pero hay piezas grabadas de ella cantando. Fue algo inédito con la voz remasterizada de María Callas, y el holograma estaba vestido con una ropa diseñada especialmente para la ocasión.

Es ella, pero al mismo tiempo, ¿qué es eso? Es como una orquesta humana en un teatro, y no un teatro virtual, hay un público, hay una interacción y una emoción de la gente. Así, la pregunta por la vida se vuelve sobre la mesa: ¿Qué es esto? ¿Desestimo esto? ¿Esto no es vida? Esto que está allí emocionándome... ¿no es real lo que me hace sentir?

—Y a nivel de la fe. Las personas nos caracterizamos por la necesidad de creer en algo ¿La IA podría ser ese algo? ¿Podría existir un culto a la IA?

Para Roberto Salazar la respuesta sería:

—No sé, pero mira el caso de San Google, es una fuente de referencia importante. No sé si terminaría siendo algo como un culto, pero lo que te quiero decir es que a veces las personas no saben tomar distancia sobre el material que tienen. Por lo menos en mi caso, que soy muy curioso, le hice algunas preguntas sobre filosofía al ChatGPT y sobre un autor que yo he trabajado, y entonces al ver las respuestas vi que algunas eran sumamente escuetas, otras eran muy generales y no iban en línea con lo que yo, al menos, había interpretado, así que para las personas que no se cultivan en la lectura, será más factible que lo vean como un ser perfecto y omnipotente al cual no vamos a poder cuestionar.

—¿Podrían las personas encontrar en el origen de la IA una narrativa sólida como la del cristianismo y, por ende, esto podría derivar en una concepción de un modelo de fe?

—Hay que distinguir dos cosas. Primero la narrativa de la biblia y en los distintos estudios arqueológicos que evidencian una relación histórica entre lo que ella plantea y lo que en teoría ocurrió en esa época. En base a eso, siempre existirá la posibilidad de que alguien vea esto como una religión y termine desarrollando un sistema de creencias. Recordemos que para que sea religión tiene que tener una serie de ritos y prácticas específicos. También hay que tener presente que la religión es algo propio del hombre. Él ha creado la mayoría de sus religiones, así que sí puede existir como posibilidad y en el caso de que esto sea real, la religión es una reflexión sobre la propia creencia de Dios, y por eso existe la teología.

Si en ese futuro hipotético, no existe ese espacio para la reflexión, no estaríamos ante una religión, sino más bien ante una suerte de ideología omnipotente que terminará absorbiendo a la humanidad.

Lo que ha llevado a que ellas existan es que nosotros hemos sido capaces intelectualmente de hacerlo ¿no? Nosotros hemos creado estas maravillas, que ellas existan y que funcionen es gracias a nuestra formación y a nuestro ingenio, a nuestra educación.

LA NUEVA MANERA DE CONSUMIR LA REALIDAD

Más allá de la ética, el tema es cómo nos vamos a tener que adaptar a nivel comunicacional en el consumo de la información. Por lo menos, yo hace unos días estaba jugando con el ChatGPT y le pregunté por mí, por Sofía Avendaño. Me dijo “no, no sé quién es” y le dije “bueno, qué sabes de Sofía Avendaño, egresada de la UCAB, escritora, periodista”. Entonces me dijo “Egresada de la Universidad Católica Andrés Bello, nació en el año 1979...” con todos los datos que pudo sacó un perfil que se asemeja a la mayoría

HABLEMOS

de las personas egresadas de la universidad en el año tal (que él mismo seleccionó). Todo dependió de la pregunta. Entonces es natural que surja la interrogante ¿cómo podríamos empezar a consumir información en un futuro? Porque todo lo que dijo era mentira, esa no soy yo y no existe. Así que la última pregunta a la profesora Lorena Rojas fue:

—¿Cómo podríamos discernir en el futuro qué va a ser real y qué no?

—Yo no sé qué puede pasar en el futuro, pero te puedo decir algo, desde mi experiencia con el ChatGPT, él tiene respuestas estándar o por default, pero me doy cuenta de que cuando cambio mi modo de preguntar, la respuesta también cambia y es cada vez más elaborada. De hecho, estoy escribiendo algo ahora sobre eso. Sigue siendo una fuerza del alma humana saber preguntar, eso me lo está enseñando el ChatGPT aún más. Si yo pregunto como una boba, una respuesta boba voy a tener, si yo pregunto de una manera superficial, pues una respuesta superficial voy a tener.

Ahora bien, eso dispara mi preocupación por, en el buen sentido y esto es tan viejo como Sócrates, aprender a preguntar. Cualquier pregunta no es valiosa, cualquier pregunta no es académicamente valiosa o filosóficamente valiosa. Hay que saber preguntar. El ChatGPT me lo está dejando muy claro por las respuestas que he podido obtener haciendo preguntas más elaboradas, más pensadas y menos tontas.

Por lo menos, mi ChatGPT tiene ciertas respuestas en las que cuida la empresa creadora, “yo soy una IA que no tengo género”, por ejemplo, o “que no puedo contestar esto, pero te puedo ayudar en cualquier otra cosa”. Responde una cosa así por default. Si yo, creativamente, hago la pregunta de otro modo, voy a recibir respuestas muy asombrosas que ya no son todas mentiras o un conjunto de generalidades.

Ahora bien, eso dispara mi preocupación por, en el buen sentido y esto es tan viejo como Sócrates, aprender a preguntar. Cualquier pre-

gunta no es valiosa, cualquier pregunta no es académicamente valiosa o filosóficamente valiosa. Hay que saber preguntar. El ChatGPT me lo está dejando muy claro por las respuestas que he podido obtener haciendo preguntas más elaboradas, más pensadas y menos tontas.

Entonces ¿cómo puedo distinguir si es verdad o no? También es una pregunta muy vieja ¿Cómo puedo distinguir yo si un amante me está mintiendo o no me está mintiendo? ¿Cómo lo puedes distinguir tú? No lo puedo distinguir.

¿Quién ha sido al que nunca en la vida han engañado? Es imposible. Yo creo que el problema sigue siendo el mismo: ¿cuándo me engañan y cuándo no? Tal vez se ve como subido de tono con lo que diga la IA, por tanto, cuando yo hago una pregunta no puedo hacerla desde cero. Si yo hago una pregunta sin saber absolutamente nada de algo, cualquier cosa que me diga cualquiera no voy a poder discriminar si es verdadera o no, me la diga ChatGPT o me lo diga un profesor.

Por tanto, las IA tienen que entrenarse y educarse, porque además ellas se autoalimentan y se autoeducan, y nosotros también tenemos que hacerlo. En ningún momento estamos anulados, tenemos justamente que poder formarnos intelectualmente para poder preguntar y discernir.

—Hay personas que dicen que todo esto nos va a hacer más brutos porque ya no vamos a pensar, pero al contrario, nos va a obligar a pensar y a profundizar. A no ser, claro, que uno quiera vivir en la ignorancia, ya eso es una decisión individual. Nos va a obligar a prepararnos porque, por lo menos ahorita, voy a saber cómo preguntarte y voy a saber cómo leerlo.

—Yo creo que así como ellas se educan y se retroalimentan, hay un *autolearning* ahí con ellas, ¿nosotros no vamos a hacer lo mismo? ¿Nosotros no vamos a estudiar más? Lo que ha llevado a que ellas existan es que nosotros hemos sido capaces intelectualmente de hacerlo ¿no? Nosotros hemos creado estas maravillas, que ellas existan y que funcionen es gracias a nuestra formación y a nuestro ingenio, a nuestra educación.

—Por tanto, yo no veo esto como que ahora nosotros vamos a ser brutos o no vamos a pensar. No. Yo creo que como tú dijiste, esto sigue siendo una decisión de cada quien con o sin IA.

Muchas de las ideas que se tienen sobre la IA son infundidas por la ciencia ficción, y la verdad es que las personas tenemos que educarnos para separar la ficción de la realidad y comenzar a comprender este nuevo entorno en el cual nos encontramos.

Como bien dijo la profesora Lorena durante nuestra conversación, satanizando o rechazando a los avances tecnológicos no vamos a detenerlos. Al contrario, nos toca entenderlos para dar con una nueva interpretación de lo que somos y de lo que nos separa y conecta con ellos.

Todavía falta mucha información por estudiar, conocer y elaborar, pero inevitablemente la IA forma parte de nuestra existencia y así continuará.

SOFÍA AVENDAÑO

Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Profesora de pregrado en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB. Forma parte del equipo de la editorial **ab**ediciones de la UCAB.

Nota: entrevista transcrita con ayuda de *Good Tape*

Referencias

BYUNG-CHUL, Han (2021): *Undinge. Umbrüche der Lebenswelt (No-cosas. Quiebras del mundo de hoy)*. Editorial Taurus.

ROUHIAINEN, Lasse (2018): *Inteligencia artificial. 101 cosas que debes saber hoy sobre nuestro futuro*. Editorial Alenta.

PSISE (2023): “¿Qué son las emociones?”. <https://psisemadrid.org/que-son-las-emociones/>